

Libertad condicionada

By Antonio Tovar

La noción de vivir vigilado la adquirí en casa cuando siendo niño mi abuela me inculcó el temor a la Omnipresencia Divina: "*Dios está en todas partes vigilando tus actos...*", decía. Postulando una *verdad* que, creo, se perpetúa hasta estos días en millones de familias que practican alguna alianza religiosa.

Visto a la distancia, bajo una luz tenue que arroja sobre la vida familiar la historia de algunos pueblos, en el caso de mi abuela, la *vigilancia divina* podría tener doble significado: por una parte, la vigilancia divina, como dogma impuesto por fanatismo e ignorancia. Por otra, como la prolongación de un temor heredado de ancestros; quienes debieron abdicar a su Fe en algún momento doloroso de su vida. En aras de cumplir con las reglas impuestas a ellos, cuando la Santa Inquisición los obligó a colgarse el *San Benito* de judíos conversos, amén de ser castigados severamente y quizá, hasta pagar con sus vidas la omisión de dichas reglas.

En la era de la imagen, y la vida virtual, esta era en la que podemos desplazarnos a cualquier rincón del mundo sin necesidad de moverse de sitio, y podemos también traspasar fronteras virtuales y tiempos a nuestro antojo, es inevitable que, en medio de tantos movimientos, surjan algunas preguntas. Preguntas tales como: ¿Por qué siendo yo de un país X, que tiene relaciones tensas o conflictivas con un país Y, puedo viajar y penetrar su espacio virtual pero no puedo desplazarme físicamente a ese sitio?

Esta pregunta también se ajusta a la inversa. Entonces, una de las respuestas simples que se me ocurren es que quizás no puedo desplazarme hasta ese sitio por desventajas económicas o por falta de relaciones diplomáticas con el hipotético país. O bien, porque adquirir una visa de turista para conocer el país X o Y, muchas veces es más difícil que comprar un boleto para viajar a la luna... Este es el caso de algunos amigos y familiares mexicanos para quienes venir a visitarme a los Estados Unidos es un sueño imposible. Porque no cumplen con la inmensa cantidad de requisitos absurdos que les solicitan para tramitar un visado a pesar de las supuestas magníficas relaciones diplomáticas y comerciales existentes entre ambos países.

Vivo desde hace tiempo – nací aquí - en uno de los países llamados del *primer mundo*... Un país muy *avanzado* en muchos sentidos. Sobre todo en lo referente a la ciencia y la tecnología. Vivo en un país en el cual la campaña electoral de un candidato presidencial se basa, pobremente, en insultos y arengas populistas. Las que, en muchos sentidos, nos recuerdan épocas tristes y oscuras de la historia occidental reciente.

Las arengas de dicho candidato están cargadas de injurias contra ciertos grupos étnicos y religiosos. Y son igual de absurdas y anacrónicas como es evidentemente absurda y vergonzosa la ignorancia de este triste personaje. Un hombre soberbio, ególatra, narcisista, quien vive encumbrado en una ilusoria torre de cristal, desde la cual, a pesar del deslumbrante lujo que le rodea, no puede ocultar detrás de billones de dólares una profunda ignorancia y falta de sensibilidad, igual que tampoco puede soterrar en lo más hondo de su babilónica torre, una visión bastante pobre del mundo en el que habitamos todos los mortales. Un mundo donde no se gana ni se pierde. Sólo se vive y se está en él.

Este patético personaje, con sus cobardes y enardecidas arengas populistas, como quizá sabemos todos, sólo consigue despertar un rencor acumulado por décadas contra quienes él y sus seguidores suponen no ser sus iguales. Por lo cual, con sus discursos desfasados para el tiempo en el que vivimos, un tiempo global, alienta oscuras pasiones racistas. Ayudado quizá por un viento desfavorable que sopla sobre el tiempo presente. Un

presente turbulento y agitado. Con tales injurias, vertidas sobre los que dicho personaje considera responsables del actual fracaso económico y social del país, lo que despierta en estos ciegos enajenados que lo siguen, son sentimientos funestos que, si no se controlan a tiempo, podrían tener como resultado lamentables consecuencias.

Al escuchar por la televisión los discursos de este soberbio fantoche, y la fanática emoción con la que reaccionan a sus discursos falaces sus fervientes seguidores, es inevitable recordar algunas imágenes de un pasado no muy lejano que, aunque de otro modo y en distinto contexto, parecen estar a punto de repetirse. Ver y escuchar a este nefasto personaje, y el fanatismo ferviente de sus seguidores, estremece la piel y acongoja el corazón de millones de seres humanos. Sobre todo el corazón de los que somos y pertenecemos a las llamadas minorías étnicas del país donde nació.

Vivo en una nación del *primer mundo*... en la cual, comparada con otros países pertenecientes a otra esfera económica, ofrece a sus ciudadanos comunes múltiples posibilidades de desplazamiento físico y virtual; aquí, en este país, subir a un avión, es tan fácil como abrir una llave de agua.

Por tanto vivo en una sociedad que se desplaza por la vida a una velocidad vertiginosa. Una velocidad que, llegando a cierta edad, causa un profundo temor y desasosiego. Pues invariablemente, al rebasar cinco decenas de vida, aparte del desconcierto económico de los últimos tiempos, se tornan verdad ineludible varias preguntas. Preguntas a las cuales, hasta ahora, no puede dar respuesta cierta ni la ciencia ni el progreso materialista en el que se desarrolla nuestro día a día en esta sociedad del primer mundo.

Algunas de las preguntas que me desvelan en estos tiempos son tan antiguas como la existencia misma del hombre: ¿Qué sigue después de que un cuerpo físico llegue a la línea del precipicio de la existencia? ¿A dónde vamos... si es que vamos hacia algún sitio, después del último respiro? ¿Aquí comienza y termina todo? ...

Al escribir estas líneas me doy cuenta de que me es imposible no recordar a Roy... Ese entrañable personaje, uno de los replicantes, de aquella genial cinta cinematográfica titulada: Blade Runner. Al escribir estas líneas me es inevitable ver en mi memoria, y conmoverme otra vez con esa maravillosa escena, sublime y poética, en la cual, tras una sublime cortina de lluvia, con voz pausada y profunda, el androide rememora algunas cosas hermosas que ha tenido oportunidad de presenciar en su corta vida: esa vida y esos recuerdos que, como afirmación y pregunta, dice: *Se desvanecerán para siempre como lágrimas en la lluvia...*

La mencionada película, en los años ochenta, pertenecía al género de la ciencia ficción; es decir: pertenecía al futuro. Un futuro que cuarenta años después es un presente real. Un presente en el que invariablemente se mezclan todos los tiempos en un presente continuo. Es un presente en el cual la lluvia ácida cae sutil sobre las grandes ciudades. Un presente en el que se realizan todo tipo de trasplantes de órganos y se modifican rostros y figuras corporales al antojo. Mientras los humanos, en muchos lugares del planeta, se desplazan abordo de sofisticadas máquinas que corren o vuelan a velocidad vertiginosa. Surcando el espacio físico o virtual para dirigirse a lugares lejanos e imaginarios. Vivimos en una época en la cual podemos llevar dentro de un minúsculo dispositivo electrónico toda la información necesaria relacionada con nuestras vidas: imágenes fotográficas y video, contactos y datos personales almacenados en un minúsculo aparato que a su vez es un teléfono móvil.

Vivimos en una era en la que nuestra noción de pertenencia a la naturaleza es cada vez más remota y ajena. Menos sensorial y más pragmática. Vivimos en una era en la que nuestra visión de lo real se traduce a nuestro cerebro, y a nuestro Ser completo, a través de millones de imágenes veloces casi difusas.

Por eso, ya no me cabe duda que el imaginario fílmico y literario muchas veces son

una copia o una visión clara del futuro y su realidad correspondiente. Todavía recuerdo con claridad una escena de la película 1984... Es una escena en la que a uno de los personajes del filme, uno de esos seres marchitos, que viven como autómatas en un universo gris, vigilados permanentemente, dentro de un mundo opresivo y asfixiante, uno de los guardias le muestra un hermoso paisaje campestre: es un campo florido, cubierto por un cielo azul, frente al cual le dice: *Esto que ves; el cielo, las flores y los árboles, no existen. Tú los estás imaginando...*

Una de las grandes virtudes de internet es que podemos desplazarnos a cualquier sitio real o imaginario desde la comodidad de un asiento frente a una diminuta pantalla de la computadora. Es decir que podemos viajar fácilmente en el túnel del tiempo. Ese túnel infinito, en el cual, para algunos nostálgicos como yo, quizá nos haga creer que alguna vez hubo tiempos mejores. Tiempos en los cuales las imágenes de destrucción y barbarie no formaban parte del día a día. Por tanto, no nos eran indolentes. Pues aunque dichas imágenes de destrucción ya existieran en esa época, creo que, en cierto modo, eran ajenas a nuestra realidad cotidiana; aquellos eran tiempos en los cuales, exterminarse por fanatismo religioso o ambición de poder, decapitar y descuartizar por el control de plazas para venta de droga sólo eran historias de cuentos de terror que no afectaban en nada nuestras plácidas vidas. Aquellos eran tiempos en los que el futuro aún estaba por escribirse. El futuro era un hermoso sueño juvenil por cumplir. Pero imagino que, así como a mí, a muchos de mi generación, en alguna curva del camino de la vida el destino nos alcanzó; para abrirnos los ojos de golpe a una realidad cruda y perturbadora. Muchas veces despiadada. La que no se parece en nada a lo que imaginábamos para el futuro. Porque, el presente, para muchos de nosotros, no es una realidad suntuosa rodeada de glamour. El presente es crudo y real. Tanto como puede serlo para la vida de un animal o un insecto. Y, físicamente, tiene un principio y un fin.

En los días que transcurren, en este futuro-presente, cuando enciendo por las tardes el televisor, para ver los noticieros locales y nacionales, algunos de los horrores de la época que vivo; al mismo tiempo que me estremezco ante tal barbarie no puedo dejar de asombrarme ante la sofisticada maquinaria del Mal. Una maquinaria subliminal que ha hecho del dolor y la muerte un colorido espectáculo. Todavía recuerdo con claridad los días posteriores al fin de la guerra en el Golfo Pérsico. Cuando anunciaban en medio de comerciales de seguros de vida y alimento para perros la venta de un vídeo con imágenes de la guerra: "*Para que usted sea testigo de nuestro poderío. Y disfrute las batallas desde la comodidad de su hogar...*" Rezaba el anuncio publicitario televisivo. También recuerdo aún con cierto horror las imágenes transmitidas en vivo de los primeros bombardeos lanzados contra Irak... Igual que en noticieros, cintas fílmicas comerciales, programas televisivos y videojuegos de luces estridentes saturadas de espectacularidad, que, la destrucción y la muerte, se instalan en nuestros sentidos como parte un macabro espectáculo indolente. Un espectáculo de horror, en el cual, a pesar de lo doloroso que pueda ser la ausencia y el terrible vacío que deja la partida definitiva de un ser querido, la muerte se reduce banalmente al grado de cifras y anécdotas triviales.

A estas alturas de mi vida, en el mundo común que habito con todos, ya no me es difícil decir que *el bien y el mal*, existen. Son reales. A pesar de lo anacrónico que puedan sonar estos vocablos. A estas alturas de mi vida los puedo distinguir fácilmente. Porque hay una notoria diferencia entre un niño que ríe mientras corre contento en mitad de un campo florido y otro niño que llora desconsolado en medio de unas ruinas mientras respira el humo asfixiante que deja en la atmósfera el fuego y los gases generados por la explosión de bombas. A estas alturas de mi vida puedo distinguir fácilmente la diferencia entre alguien que habla de paz y alguien a quien a todas luces denota en sus palabras la ambición enferma que lo mueve hacia el poder. Con la edad, y el tiempo de mi vida transcurrido en este sitio llamado Planeta Tierra, aun sin saber muy bien cómo, descubro que la ecuación del misterio de la existencia es muy simple: estás vivo o estás muerto. Y, en medio de todo esto, reside lo

que implica el significado de esos dos vocablos. Un significado, y un valor, que, en esta era virtual parecen haber perdido cualquier sentido.

Cuando veo los noticieros, donde asombrado escucho, y contemplo, el cuento de terror cotidiano que aqueja al mundo; un cuento de horror con el que se describe el día a día en muchos sitios: bombas, secuestros, ejecutados, y otras tantas sutilezas humanas, no puedo evitar estremecerme. Ante la insensibilidad con la cual, las vidas humanas y animales, sólo se convierten en gélidas cifras que aumentan o disminuyen: son números sin vida. Con los que se ilustra la barbarie de *los tiempos modernos*. Unos tiempos que contradicen de mil formas el supuesto espíritu de libertad que simboliza la era tecnológica. Una era en la que podemos desplazarnos a nuestro antojo, sin movernos de sitio, por millones de tiempos y mundos. Mundos reales y ficticios. En los cuales, con las cosas que ocurren cada día, en la era de la imagen y la comunicación, es imposible no preguntarse ¿cuán libres en verdad somos? ¿Cuánto estamos *siendo vigilados y por quién?*... Me hago esta pregunta cada vez que enciendo mi computadora y aparece en la pantalla un anuncio que me dice: *que el aparato será intervenido para hacer algunas actualizaciones...* ¿Qué actualizaciones? Me pregunto, enojado, si yo no las solicité. Y, este hecho, el que mi computadora sea manipulada a distancia me enfurece de sobremanera muchas veces. Porque siento que, alguien desconocido, entra y sale a su antojo de mi supuesta intimidad electrónica. Una intimidad que, veo vulnerada, por alguien que a una distancia remota e indefinida se introduce a mi computadora para revisar mis archivos... Como vivo en una era de sospecha y vigilancia paranoica constante no puedo evitar pensar que, quizá, con esta breve intervención para *hacer actualizaciones* al aparato electrónico, este cerebro desconocido pueda hacerse de mis fotos y mis escritos *con la intención de velar por la seguridad de todos...*

No soy una persona importante, tampoco tengo nada que ocultar a nadie, y procuro siempre ser transparente y ligero en todas las cosas de mi vida. Solo que, estoy casi seguro, de que no son solo paranoias mías y, al igual que millones de seres humanos, públicamente me siento vigilado. Pues, ahora, cada vez que pongo un pie en la calle, al igual que todos, sé que la imagen de mi persona está siendo grabada por una cámara de video; una cámara oculta u ostensiblemente visible que graba sin mi consentimiento cada uno de mis movimientos. Cuando camino por la calle o cuando subo al tren subterráneo, cuando entro a la biblioteca o al museo, cuando entro a la tienda de la esquina o al supermercado, cuando.... Abro mi computadora y paranoico pienso en si no estaré siendo vigilado.

En esta era en la que la vigilancia divina parece haber sido sustituida por la vigilancia ciudadana y la vigilancia del Estado, descubro de pronto que, lo peor de todo, es la auto-vigilancia: ese estado mental y anímico, paranoico, de tener cuidado con todo lo que se dice o piensa temiendo infringir alguna regla que pueda acarrear funestas consecuencias.

En los días que transcurren, en el país del primer mundo donde habito y del cual soy ciudadano natural, descubro de pronto que, al viajar en tren desde Nueva York a Nuevo México siento un temor repentino frente a varios desconocidos: siento temor de hablar con mi mujer, en voz alta, mi lengua materna: el idioma castellano. Siento temor de hablarlo porque no estoy seguro quien, entre las decenas de pasajeros que viajan con nosotros, al escucharme hablar en dicha lengua (mi mujer no corre peligro porque es de piel blanca) pueda considerarme un ser inferior o hasta un enemigo. Por el simple hecho de hablar con orgullo natural la lengua de mis ancestros. La misma lengua de los que se supone, si gana las elecciones presidenciales este nuevo caudillo, quien aboga por una especie de cierta supremacía racial y patriótica, tenemos que vivir segregados por nuestro origen: o al otro lado de un vergonzoso muro. Amén de aceptar las nuevas reglas, de vivir vigilados y proscritos, por el mero hecho de hablar una lengua diferente al idioma oficial y ser distintos al color de la gente y los ideales que representa este patético líder.

Hace más de quinientos años que el pueblo de mis ancestros fue condenado y

expulsado de un territorio al que llamaban "hogar" por la ambición de unos cuantos y la intolerancia de muchos. Y parece que, hoy, aunque la tierra y la historia sean distintas, esta absurda amenaza pudiera repetirse. Pues siendo parte, cultural y sanguíneamente, de los nuevos condenados a la vigilancia y la sospecha constante, por el simple hecho de ser diferentes, las perspectivas de un futuro inmediato tranquilo parecen poco a poco diluirse.

Por lo cual hay veces que pienso que quizá mi abuela tenía razón en cierto modo. Y, aún sin quererlo, debo aceptar que la noción de vivir vigilado dejó atrás a la Divinidad para convertirse en algo mundano y en cosa de todos los días.

Si en los últimos treinta años éste ha sido mi hogar, para no sufrir este absurdo escarnio, ¿hacia dónde me dirijo?...

Creo que esta pregunta es la misma que se hacen millones de emigrantes con papeles o sin ellos. ¿Dónde está mi hogar? ¿A qué mundo pertenezco?